

El Cristo de MOS PIEDRA PRECIOSA

Eduardo J. Ortiz

No es Miguel Otero Silva (MOS) el primer novelista que en los últimos años toma como argumento de su ficción el personaje de Jesús de Nazareth. Podríamos recordar, por ejemplo, las obras de Endo Shusaku, Oğ Mandino o Anthony Burgess (1).

Sí es sin embargo el primer venezolano, y que sepamos también el primer latinoamericano, que se enfrenta a este reto y asume este compromiso. Nos referimos, naturalmente, a su última novela titulada "La piedra que era Cristo" (2).

No faltarán quienes en los próximos días analicen desde un punto de vista literario los méritos y límites de la obra. El objeto de estas líneas es otro. Comentar, desde una perspectiva de creyente y teólogo la imagen de Jesús que en ella se nos ofrece.

REVIVIR ESOS HUESOS

Otero Silva titula su obra con un verso del místico y poeta castellano San Juan de la Cruz. Acudiendo a otra cita, esta vez del profeta Ezequiel (cap. 37), podríamos decir que MOS ha logrado infundir aliento y vida al cúmulo de huesos inánimes que con frecuencia se amontonan en los áridos textos de cristología. Esto ha supuesto un doble esfuerzo.

Primero un rico y laborioso proceso de documentación. La novela traspira un conocimiento de primera mano no sólo de las fuentes directas del relato (los evangelios) sino también de los comentarios más modernos sobre esas mismas fuentes. Ya desde las primeras páginas MOS se coloca de forma intuitiva e inteligente en el centro de uno de los tópicos más debatidos (sobre el que más tarde volveremos) en la historiografía sobre Jesús de Nazareth: el de sus relaciones con Juan el Bautista. Pero son muchos más los pasajes donde manifiesta un singular dominio del tema: sus referencias

a detalles de la vida de Heródes y su corte, transmitidos únicamente por el historiador judeo-romano Flavio Josefo; el acertado uso que hace con frecuencia de pasajes bíblicos veterotestamentarios; las pinceladas con que describe en breves párrafos las características fundamentales de cada uno de los doce apóstoles; la polifacética semblanza de Judas, en la que recoge las diversas respuestas que se han dado y se siguen dando a la pregunta de por qué uno de los doce traicionó a Jesús.

Pero no es esto lo que más llama la atención. Al fin y al cabo se supone que un novelista tiene una capacidad largamente cultivada para percibir ambientes y describir personajes. Lo que impresiona más en la novela es la segunda parte del proceso. No sólo haberse documentado, sino haber tenido la sensibilidad y el tino de colocarse en el punto justo para transmitir lo más importante. MOS ha captado con acierto y fidelidad un Jesús muy concreto que los cristianos calificamos como postconciliar y latinoamericano, es decir, carente de mitificaciones que no se corresponden con la historia, plenamente inmerso en las tensiones de su tiempo y de su entorno, solidario con los pobres y despreciados, y triturado por unos poderes que vieron peligrar sus posiciones de privilegio frente a una predicación y una vida que cada vez arrastraban a más partidarios (3).

La obra de Otero Silva no es voluminosa. Nunca lo ha sido. Aunque quizás varios lectores lamenten esta concisión, en contraste el carácter escueto del libro le ha permitido concentrarse en lo esencial. La brevedad no es aquí carencia de ideas, sino resultado de una elaborada densidad. A un lector poco versado se le escapan en una primera lectura infinidad de detalles. Y por largo tiempo descubrirá siempre algo nuevo en cada encuentro.

Aunque el libro tiene quince capítulos, podríamos dividir el conjunto en tres unidades: comienzos, plenitud y pascua.

COMIENZOS

Para muchos puede resultar desproporcionado que MOS dedique a la re-



Miguel Otero Silva

lación entre Jesús y Juan el Bautista cinco Capítulos.

Puede ser que en la elección haya influido una cierta fascinación del autor por lo que para él ha sido un descubrimiento. O quizás, le ha llamado la atención que en la moderna historiografía sobre Jesús éste sea uno de los puntos más investigados y debatidos.

No es ésta la ocasión de tocar fondo (4). Pero sí podemos señalar que en esta discusión se plantea muchas veces uno de los núcleos de la moderna cristología.

Frente a una visión tradicional que considera a Jesús de Nazareth como un personaje sobre(in)humano, que ya desde niño conoce todos los detalles de su vida futura y los secretos más recónditos de su propia personalidad, un examen más cuidadoso de datos que han estado siempre presentes en el evangelio, pero que con frecuencia un prejuicio (pseudo)dogmático ha impedido leer adecuadamente, nos presenta a un campesino judío de una personalidad excepcional que cuando tiene aproximadamente treinta años resuelve abandonar el ámbito pequeño en que hasta entonces ha vivido y anunciar, urgido por lo que él percibe como una llamada definitiva del Dios de sus padres, la inminencia de la llegada de esa armonía universal (Reino de Dios) en la que tanto habían soñado sus antepasados.

Pero todavía no es lo mismo percibir una vocación y saber a dónde nos va a llevar. De hecho, ya antes de que Jesús hubiera sentido esa moción, Juan el Bautista llevaba años predicando con gran éxito lo mismo a las orillas del Jor-

dán. Y en algunos círculos fue identificado por largo tiempo como el Mesías. Es casi seguro que en la decisión de Jesús de abandonar Nazareth influyeron las noticias que le llegaban de aquel profeta. En todo caso él comenzó su actividad de predicador como discípulo de Juan. Constatación cada vez más difícil de negar aunque los relatos que nos quedan, escritos en un ambiente de polémica aún no apagada entre los seguidores de los dos grandes profetas, la hayan tratado de aminorar, y en ocasiones hasta desfigurar.

Lo que se discute aquí es más que una cuestión de preferencias, y así lo percibe MOS. El inclinarse por una u otra alternativa tiene consecuencias muy diferentes en lo que respecta a la autonomía de la historia, la fe en la humanidad de Jesús (tan decisiva para delimitar una fe auténticamente cristiana como la fe en su divinidad), y las posibilidades y consecuencias de un auténtico seguimiento, que en definitiva caracteriza al cristianismo. Ya que a una personalidad que todo lo sabe, de nada duda y nada tiene que descubrir, a lo más se la admira pero nunca se la intenta seguir.

Aparte de eso, queda en los evangelios una pregunta en el aire: ¿por qué se separaron Jesús y Juan? Diversos autores darán diferentes respuestas, desde quienes ven en el hecho una simple sucesión motivada por el encarcelamiento de Juan hasta quienes, más acertadamente, captan una diferencia de fondo si no en el mensaje final sí en la forma de llevarlo a término: una insistencia en la misericordia por encima del juicio, y una espiritualidad de encarnación en el mundo frente al ascetismo y la huida. El capítulo que dedica MOS a esta cuestión (Juan el Menguante) es una auténtica joya. En cinco páginas se resume todo un debate de siglos. Podría servir de material fundamental de lectura en una Facultad de Teología.

PLENITUD

Poco espacio dedica MOS a lo que sería lo central del evangelio. Cuatro capítulos que, quitada la semblanza de los doce apóstoles, quedan reducidos a tres. Aunque es verdad que antes y después deja caer referencias que completan el cuadro.

Esto mismo obliga al autor a centrarse en lo fundamental.

Primero en cuanto al objeto de su mensaje: "el riesgoso compromiso de levantar a los pobres de su miseria y abrir para ellos, y solamente para ellos, las puertas del Reino de Dios". En estas pa-

labras recoge MOS la polémica propuesta que llevó a Jesús a la muerte, y que sigue llevando al patíbulo (o al ostracismo) a quienes hoy se atreven a repetirla.

Luego en cuanto a las palabras con las que transmite ese mensaje. MOS transcribe el Sermón de la Montaña con una fidelidad que hasta quizás podríamos juzgar excesiva en una novela (una opción semejante a la que llevó a Pasolini a revolucionar la imagen cinematográfica de Jesús podando los alambicamientos enfermizos y ambiguos de Hollywood y limitándose al texto escueto del evangelio de Mateo).

No es fácil adivinar los motivos de semejante elección: respeto, fidelidad a las fuentes, captación del dramatismo y fuerza encerrados en la tosquedad de unos apuntes incompletos, quizás hasta cierto temor o incapacidad de hacer palabra y vida propia un mensaje tan desconcertante y tan difícil de asimilar.

Pero a pesar de todo MOS hace de vez en cuando algunas ligeras acotaciones que impiden al texto salirse de su auténtico cauce o ser manipulado. El autor capta que las bienaventuranzas, por ejemplo, no pueden ser una llamada a la resignación y, por lo mismo, una negación del mensaje fundamental del evangelio. Esto lo trasmite con una ingeniosa contraposición (por lo demás presente en otros fragmentos de ese mismo sermón de la montaña) entre textos veterotestamentarios sobre la retribución y las nuevas ideas de Jesús ("se os ha dicho que la riqueza es un premio recibido de lo alto y un don merecido que recompensa al laborioso, pero yo os digo ¡ay de vosotros los ricos porque ya habéis tenido vuestro consuelo!").

Sigue luego el autor centrándose en las acciones o signos mediante los que Jesús transmite vivencialmente lo que predica: los milagros.

Un intelectual acomplejado habría tenido reparo en adentrarse en relatos tan sobrecargados por creencias populares y por exageraciones transmitidas en un relato oral henchido de admiración y entusiasmo. Un apologeta falto de imaginación se habría dejado llevar perezosamente por la repetición maquinal de los relatos, sin afrontar la necesidad de hacer que hoy nos sigan convocando.

MOS sortea con acierto ambos obstáculos. Capta, por una parte, que los signos deben ser significativos para las personas que los reciben y por eso respeta la sensibilidad popular frente al prodigio. Cosa, por lo demás, que no debería ser extraña a ninguno que se siente cercano a nuestro pueblo. Pero por otra

parte cae también en la cuenta de la dificultad que el ropaje mítico de estos relatos puede ocasionar a amplios sectores de nuestra sociedad. Por eso, siempre fiel al texto evangélico, intenta sin embargo desentrañar su significado. Para ello enmarca la consideración de los milagros dentro de una discusión con Nicodemo, el letrado simpatizante pero timorato y escéptico que nos representa a tantos de nosotros.

El conjunto ofrece uno de los capítulos más logrados de todo el libro. Compendio, una vez más, de una investigación secular.

Queda por fin la descripción de los obstáculos que encuentra Jesús en su camino y que MOS, como los mismos evangelios, concentra en el relato de las tentaciones. Un relato que siempre ha atraído a teólogos y literatos, y que el autor desentraña con pericia.

PASCUA

Por fin los seis últimos capítulos de la novela están dedicados a la Pasión.

El recurso literario de desarrollar estos relatos a partir de los personajes que en ellos participan había sido ya intentado de antemano (5). No será pues en el aspecto literario donde el libro mostrará mayor originalidad sino, una vez más, en el teológico.

Cuando la teología ha hablado tradicionalmente del poder salvífico de la muerte de Jesús ha corrido el peligro de perder el sentido de sus palabras al desmenuarla de mediaciones.

En efecto, la muerte de Jesús no resulta redentora por un esencialista "en sí", sino que recibe su fuerza y poder por ser la culminación extrema de una entrega que marcó toda una vida.

De haber muerto, por un imposible, víctima de su propia crueldad nadie lo habría considerado como salvador (Monseñor Romero y Somoza murieron ambos violentamente, pero uno es mártir y otro asesino).

Pero a la vez el evangelio afirma enfáticamente que Jesús tuvo una especificidad en su enfrentamiento con el poder. Aunque para muchos contemporáneos, y quizás para el mismo Pilatos poco preocupado, como todos los conquistadores, por percibir los matices del pueblo que decía gobernar, Jesús pudo pasar por un "celote" (guerrillero), esa opinión carece de sustentación. Había profundas diferencias políticas y religiosas entre ambos.

En la literatura de hace unos años algunos autores cayeron quizás en la tentación demagógica de proponer a Je-

sús como líder e inspirador de la nueva guerrilla latinoamericana, pero hace tiempo que nadie incurre en semejante ingenuidad. Y no por afán reaccionario sino por todo lo contrario. Un análisis cada vez más maduro de los caminos hacia un rápido cambio de estructuras está privilegiando vías que hace poco se describían con impaciencia como reformistas, pero que en definitiva han llegado más lejos. Y son esas vías las que siguen hoy las comunidades cristianas más preocupadas por la (mala) suerte de las mayorías.

Aquí MOS, como en el caso de Juan, utiliza un diálogo, esta vez con Barrabás, para deslindar acuerdos y diferencias. Y también esta vez sus palabras están preñadas de contenido.

Pero la Pascua no recuerda sólo la muerte de Jesús sino también su resurrección:

Habrà quien piense que una persona que en su vida anterior no se ha distinguido por sus declaraciones explícitas de fe cristiana tiene necesariamente que naufragar al tocar este tema.

Dejo que el lector desprejuiciado saque sus propias conclusiones. Aunque sea casi imposible que aun entre los mismos creyentes se den dos explicitaciones exactamente iguales sobre el hecho, existen aproximaciones al misterio donde uno percibe expresada su propia fe. Y eso es lo que pasa al escuchar la proclamación de MOS.

Es ahora cuando entra en el relato María Magdalena. Personaje preferido de los poetas y literatos, quizás para resarcirla por la indiferencia (fruto del miedo) con la que la tratan los curas y teólogos. La moderna desmitificación y humanización de Jesús de Nazareth se ha detenido siempre ante las puertas del amor a la mujer. Y ha sido el poeta el que ha llenado el vacío dejado por los predicadores. También aquí MOS atisba pero permanece titubeante y discreto. El personaje de María sirve, sin embargo, para hacer ver que sólo el amor incondicional es capaz de creer en la resurrección. Lo cual, por arriesgado que sea concederlo, queda ya suficientemente claro en los evangelios que no relatan nunca "apariciones" de imposición o revancha a quienes durante toda la vida de Jesús fueron sus enemigos.

En cuanto al contenido de lo que el cristiano afirma al confesar la resurrección prefiero dejar a MOS que lo diga con sus propias palabras: "Ha resucitado y ya nadie podrá volver a darle muerte. Aunque nuevos saduceos intentarán convertir su evangelio, que es la

espada de los pobres, en escudo amparador de los privilegios de los ricos, no lograrán matarlo. Aunque nuevos herodianos pretenderán valerse de su nombre para hacer más lacerante el yugo que doblega la nuca de los prisioneros, no lograrán matarlo. Aunque nuevos fariseos se esforzarán en trocar sus enseñanzas en mordazas de fanatismo, y en acallar el pensamiento libre de los hombres, no lograrán matarlo. Aunque izando su insignia como bandera se desatarán guerras inicuas, y se harán llamear hogueras de tortura, y se humillará a las mujeres, y se esclavizarán razas y naciones, no lograrán matarlo. El ha resucitado y vivirá por siempre en la música del agua, en los colores de las rosas, en la risa del niño, en la savia profunda de la humanidad, en la paz de los pueblos, en la rebelión de los oprimidos, sí, en la rebelión de los oprimidos, en el amor sin lágrimas".

Así termina el credo, el evangelio y la novela de Miguel Otero Silva.

UN JESUS CRISTIANO

Como ha ocurrido siempre que "uno de fuera" ha metido sus manos en la vida y el mensaje de Jesús (recordemos las polémicas levantadas por Godspell y Jesucristo Superstar) los burócratas de la doctrina se afanarán en disecar el relato para, después de haberlo desangrado con su bisturí, certificar que está muerto.

Y se despertará de nuevo la polémica (si es que la Venezuela de la crisis es todavía capaz de vibrar con las ideas) sobre si un "no cristiano" puede hablar adecuadamente de Jesús. No faltarán quienes echen de menos una afirmación más nítida y sin ambages de la resurrección, la divinidad de Jesucristo o hasta el nacimiento virginal.

Pero MOS no se preocupa, y hace muy bien, con palabras y frases muertas, sino con lo que ellas quieren significar. Y sabe, sin haberse enfrascado en las recientes discusiones teológicas sobre la reinterpretación de los dogmas, que muchas veces la única forma de ser fiel a los contenidos de una creencia es ser infiel (literalmente al menos) a las palabras y formulaciones en que una vez se nos transmitieron.

Si "La piedra que era Cristo" ha sido escrito desde la fe, desde la admiración o desde la curiosidad es algo cuya respuesta sólo podrá dar el autor si es que lo quiere hacer. Aunque la misma palabra "fe" es suficientemente rica como para que quepan dentro de ella más de los que quisieran admitir sus "guar-

dianes".

Personalmente sólo puedo responder desde la fe de lector. Pienso que unas páginas, por amplias que ellas sean, nunca podrán agotar lo que uno cree sobre Jesús, ni aunque sea uno mismo quien las escriba.

Pero creo igualmente que hay dos indicadores desde los que uno puede decir que ve allí reflejada su propia fe: que se diga lo que uno considera esencial y que no se diga nada que uno perciba como anticristiano. En muchos libros sobre Jesucristo escritos por creyentes no he encontrado ni lo uno ni lo otro. En cambio sí lo he encontrado, y con creces, al leer esta novela.

Y he pensado mucho sobre lo significativo que resulta que en Venezuela el mejor libro sobre Jesucristo haya sido escrito por uno calificado socialmente como "agnóstico". Me pregunto si no será porque en nuestra Iglesia sólo una persona de esa condición es libre para expresar sin peligro lo que cree.

Por otra parte no cabe duda que MOS ha descrito su protagonista "desde dentro". Hay identificación entre escritor y personaje. Ambos se encuentran en el acercamiento, comprensión y simpatía hacia el hombre sufriente, que constituye el criterio definitivo de una auténtica fe.

(1) SHUSAKU, Endo: *Jesús, Sal Terrae, Santander, 1980* (original japonés de 1973).

MANDINO, Og: *Operación: Jesucristo! y al tercer día*, Diana, México, 1980 (original publicado en Nueva York el mismo año).

BURGESS, Anthony: *Jesucristo y el juego del amor*, Edhasa, Barcelona, 1978 (original inglés de 1976).

(2) OTERO SILVA, Miguel: *La piedra que era Cristo*, Oveja Negra, Bogotá, 1984, 168 pp.

(3) Es esto lo que diferencia favorablemente a MOS de los intentos mencionados en la nota 1. Endo Shusaku está muy documentado pero se acerca a Jesús desde una sensibilidad de 'extremo oriente' que inevitablemente nos resulta extraña. Og Mandino, autor conocido en el mundo de los 'best-sellers', elabora una novela policíaca sobre la resurrección que desde el punto de vista teológico destila apologetica decimonónica y transnochada. Anthony Burgess, autor del guión de "La Naranja Mecánica" no sabe lo que dice. Aburre, parece desconocer el evangelio, y pone un título chocante que nada tiene que ver con el contenido del relato.

(4) Quien quiera leer más sobre el tema puede consultar a PIKAZA, Xabier: *Los orígenes de Jesús*, Sígueme, Salamanca, 1976, pp. 40-69 o a SCHILLEBEECKX, Edward: *Jesús, historia de un viviente*, Cristiandad, Madrid, 1981, pp. 105-163.

(5) MIRO, Gabriel: *Figuras de la pasión del Señor*, 1916-17.